



**UNIVERSIDAD DE JAÉN**

Investidura de la  
Excma. Sra. D<sup>a</sup> Carmen Laffón  
de la Escosura

como Doctora *Honoris Causa*

## **LAUDATIO**

a cargo del  
Prof. Dr. D. Manuel Jódar Mena  
Profesor Titular del Área de Historia del Arte

## **SEMBLANZA**

de la  
Excma. Sra. D<sup>a</sup> Carmen Laffón de la Escosura

Jaén, 3 de noviembre de 2022



## LAUDATIO

Rector Magnífico de la Universidad de Jaén,  
Dignísimas autoridades,  
Claustro de doctores de la Universidad de Jaén,  
Miembros de la comunidad universitaria,  
Familiares y amigos de doña Carmen Laffón,  
Señoras y señores.

Me cabe el inmenso honor de dirigirme a todos ustedes con el fin de llevar a cabo la *Laudatio* de la artista Carmen Laffón, en este solemne acto de su investidura como Doctora Honoris Causa por la Universidad de Jaén, título otorgado de forma póstuma, tras su fallecimiento, solo cuatro días después de su concesión, el pasado 7 de noviembre de 2021.

Necesariamente, mi intervención debe encabezar con unas obligadas palabras de agradecimiento. En primer lugar, al Área de Historia del Arte del Departamento de Patrimonio Histórico de la Universidad de Jaén, que hizo suya la propuesta para que Carmen Laffón recibiese la distinción que hoy se le concede, y me propuso como padrino del acto de investidura.

Asimismo, he de recordar a las distintas instancias con competencias en esta materia, especialmente la Comisión de Doctorado y Docencia en Postgrado y Formación permanente, que acogió favorablemente esta candidatura y le dio debido curso para que, finalmente, el pasado día 3 de noviembre de 2021, el Claustro de la Universidad de Jaén otorgase su aprobación definitiva de manera unánime.

Carmen Laffón de la Escosura creció en el seno de una familia culta, progresista y acomodada. Sus padres, que se habían conocido en la Residencia de Estudiantes de Madrid, le procuraron una vida diferente desde su niñez. Decidieron no llevarla al colegio y educarla en casa, con la ayuda de distintos profesores, algo poco frecuente en la España de los años treinta del siglo pasado. Ambos procedían del ámbito de la excelencia de la Institución Libre de Enseñanza, motivo por el cual alentaron en su hija una vocación artística desde temprana edad.

Comparte su vida entre la capital hispalense, donde nació en el año 1934, y Sanlúcar de Barrameda. Su casa y el jardín de sus padres desvelan el contacto de la creadora con la naturaleza de su obra, una auténtica fuente de recuerdos e inspiración, un espacio de ensueño, que acabó marcando no solo su infancia, sino también su producción artística.

Allí vivió una parte destacada de su niñez y adolescencia y encontró motivos para trabajar y expresarse. Precisamente, en este ambiente empezó a configurarse su personalidad artística.

Desde temprana edad mostró una notable aptitud para el dibujo. A los doce años, con el certero apoyo de su padre, comenzó a desarrollar una labor pictórica en el estudio de su primer maestro, Manuel González Santos, que había sido profesor de dibujo de su progenitor y se había convertido en amigo de la familia. Fue este maestro quien plantó la semilla que más tarde recogería a través de su formación académica.

Ingresa en la, por entonces, Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla el año de 1949, cuando tan solo contaba con 15 años. Cursó sus estudios junto a otros destacados artistas: Teresa Duclós, Luis Gordillo, Paco Cortijo, Jaime Burguillos o José Luis Mauri.

Concluyó su formación académica en Madrid, en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando. Esto le permitió conocer la obra de grandes maestros, como Miguel Pérez Aguilera, Daniel Vázquez Díaz, Godofredo Ortega Muñoz, Antonio López, Lucio Muñoz, Amalia Díaz o Rafael

Zabaleta. Con la mayoría de ellos entabló una gran amistad, que trascendió cuestiones propiamente profesionales.

Posteriormente, obtiene algunas becas que le permitieron viajar por distintos países europeos. En 1954 realizó una estancia de estudios en París, en donde quedó impregnada por las obras de Marc Chagall, Braque y Picasso, en particular, y, en general, de la pintura de las Vanguardias. Al año siguiente, en 1955, se trasladó a Roma, gracias a una Beca del Ministerio de Educación. Allí pintó vistas de las principales ciudades italianas (Venecia, Padua, Mantua, Milán y Roma). Años después, realizó varios viajes a Austria y a los Países Bajos, que enriquecieron aún más su educación, alimentando su mirada y su conciencia artística.

En 1956, tras su regreso a Sevilla, pasó sus vacaciones pintando en su casa de verano en La Jara, donde siempre se sintió deslumbrada por sus paisajes, que se convirtieron en el principal protagonista de su obra. Este, que acabaría siendo el lugar central de su actividad pictórica, es donde se inicia, y donde continúa su trayectoria una vez finalizada su formación académica. Se produce entonces el encuentro con la desembocadura del Guadalquivir, lugar privilegiado donde decide instalar un estudio. Este hallazgo, lleno de sugerencias, la aproxima al coto de Doñana.

El trabajo de estos años de formación vio sus frutos a partir de 1958, cuando realizó sus primeras exposiciones individuales en el Ateneo de Madrid y en el Club La Rábida de Sevilla.

La producción inicial de Carmen Laffón, en la década de 1950, está protagonizada por la imagen femenina. Son figuras taciturnas, concentradas en sus pensamientos, dispuestas en “espacios vacíos de vacío”: interiores claustrofóbicos que, lejos de protegerlas, las convierten en prisioneras –*Maternidad* (1953)–. También las niñas y adolescentes muestran semblantes ensimismados, miradas ausentes y labios mudos, destilando –como *Grupo de niños* (1954)– un profundo pesimismo existencial.

A comienzos de los años sesenta residió en la ciudad de Madrid (1960-1962), donde conoció a la gran galerista Juana Mordó, quien se interesa en su arte y se convierte en una gran defensora de su pintura, motivo por el cual le ofreció un contrato en la célebre Galería Biosca. Durante esos años coincidió con otros destacados artistas del panorama nacional: Manuel Millares, Antonio Saura, Lucio Muñoz, Pablo Palazuelo, Fernando Zóbel, Eusebio Sempere, Manuel Hernández Mompó, Gustavo Torner, Rafael Canogal o el antes citado Antonio López.

La relación con la galerista se prolongó durante dieciséis años. Logra así independencia económica y la posibilidad de desarrollar su trabajo con cierta libertad. Esta etapa de estímulo y crecimiento no la aparta ni de la concepción habitual de su entorno, ni del arte figurativo, en un momento en el que la abstracción era hegemónica en los círculos pictóricos de la capital.

En 1965 se inaugura en Sevilla la primera galería de arte moderno. Es cierto que para ponerla en marcha no ahorraron esfuerzos Carmen Laffón, Teresa Duclós y José Soto, pero este empeño no hubiera bastado sin la decisión de Enrique Roldán, que dedicó aquel local a galería de arte y así lo mantuvo pese a la indiferencia de la mayoría de la ciudad. “La Pasarela”, que así se llamaba, fue lugar de encuentro de artistas sevillanos con ideas y concepciones muy diferentes. Además, mantenía cordiales relaciones con la galería Juana Mordó, por lo que pudo exponer obras de autores como Fernando Zóbel, Gerardo Rueda o Lucio Muñoz.

En 1967 junto a Teresa Duclós y José Soto funda “El Taller”, escuela de dibujo, pintura y grabado, donde comienza a impartir docencia, sin duda, una de las actividades más motivadoras para la artista sevillana.

En los años sesenta adquirieron protagonismo en su obra los espacios domésticos. Espacios siniestros, habitados



por los fantasmas que mencionaba Moreno Galván, cuya presencia amenazadora puede intuirse en pinturas como *El vacío* (1965-1966). O en la serie sobre la perturbadora muñeca *Marcelina* (1965-1967), a la que la artista otorgó “cierta conciencia de mujer”: una persona aterrorizada que intenta escapar de un hogar inquietante y peligroso.

También configuró la artista en estos años un poderoso universo personal de pequeños objetos, que, bajo una dimensión radicalmente subjetiva, generaron un entorno doméstico cambiante y ambiguo. Joyeros, pastilleros, cofres, cajitas o cajoneras que custodiaban diminutos tesoros de importancia trascendental.

El cofre cerrado “abre otra dimensión: la dimensión de la intimidad” (Bachelard); obras como *La cajita roja* (1960) o *La cajita de plata* (1962) se convierten en “símbolo de la memoria, el paso del tiempo que ha sido habitado” (Martín Gaité). La ambivalencia interior-exterior de estas representaciones recuerda que nada es lo que parece, y los objetos se transforman en contenedores de secretos a punto de ser desvelados.

Secretos como los que atesoran las obras dedicadas a las cartas. Iniciadas en 1960, las cartas aparecen ocultas en sobres —en cajones, en armarios—, de los que emergen pétalos caducos, fotografías antiguas, noticias aciagas y trágicos

desenlaces: como la muerte de Luisa, personaje de *Fragmentos de interior* de Martín Gaité, que se suicida con sus cartas esparcidas alrededor. También las pinturas de flores ofrecen en estos años su imagen más perturbadora en títulos como *La rosa muerta* o *La rosa gris*, en las que Laffón comparte con Cernuda la percepción lúgubre de esta flor.

En cierto modo, su obra se asemeja a la poética de Luis Cernuda, uno de sus artistas admirados, que se sirve de la cotidianidad, de versos complejos con los que transmite la profundidad del ser humano. Carmen con elementos sencillos trasciende las realidades más profundas.

Desde mediados de los años sesenta, la luz se apodera de la artista. Una luz que invade los espacios y descompone las dimensiones para conformar nuevos mundos, situados en los límites de la ensoñación. Son ejemplos la evanescente *La camilla* (1967) o el etéreo *Bodegón blanco* (1969). También la serie de los armarios muestra la evolución de su obra: desde el realismo lírico de *Armario de madera* (1973) al misticismo de los armarios blancos (1979) y la profunda espiritualidad de los armarios negros (1985).

Su obra consiguió mayor visibilidad en su ciudad natal a partir de los años setenta, todo ello a través de las exposiciones organizadas en la galería de Rafael Ortiz, ubicada en la sevillana calle Mármoles.

En 1975 regresa otra vez de Madrid para trabajar en la docencia junto a Miguel Pérez Aguilera, catedrático de Dibujo al natural en la Facultad de Bellas Artes de Sevilla, y otrora promotor de la entrada de la modernidad en la Escuela. En ella impartió clase Carmen Laffón hasta el año 1981, en una experiencia que la propia Carmen tildó como “diferente y gratificante”.

A partir de 1979 dedicó parte de su trabajo a plasmar el entorno de Doñana, que unía al de la vecina Sanlúcar de Barrameda, pueblo gaditano en el que tiene su estudio. A finales de la década de los 90 trabajó en la serie de cuadros titulada "Vistas del Coto".

Conforme avanza la trayectoria de Laffón, en los años ochenta, el sentido del tiempo se configura como elemento esencial de su personalidad creativa. Ello se advierte en los bodegones que fusionan la naturaleza muerta con el paisaje del Coto o el jardín de Santa Adela; o en los *Bodegones rojos* (1989-1996). Y, sobre todo, se aprecia en las series dedicadas al género del paisaje, tanto en *El Coto desde Sanlúcar* (iniciada en 1979) como en sus obras más recientes en el tiempo.

Por encargo del Banco de España, estuvo trabajando en los retratos de los reyes Juan Carlos y Sofía entre 1984 y

1989, que fueron expuestos en la el Pabellón de España de la Exposición Universal de Sevilla del año 1992.

Entre otras importantes exposiciones realizadas en la década de los noventa, destacan la retrospectiva en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid, titulada "Bodegones, figuras y paisajes", lo que supuso su regreso a la capital tras veinte años de ausencia. A través de 150 obras se mostró el trabajo artístico desarrollado por Carmen Laffón desde comienzos de los años sesenta.

Tres años más tarde, en 1995, se celebra otra exposición antológica, en este caso en el antiguo Hospital de los Venerables en Sevilla. Una muestra que reunió cincuenta y dos pinturas, una escultura y siete dibujos, un total de sesenta obras, realizadas desde el año 1956, que supusieron no solo su primera retrospectiva en la ciudad que la vio nacer, sino también la consagración de las trazas inherentes de ese estilo realista, que tanto atractivo suscitó entre el público y la crítica.

Fue elegida académica de Bellas Artes de San Fernando en junio de 1996 para cubrir la vacante que dejó Manuel Rivera Hernández. El 16 de enero de 2000 leyó su discurso de ingreso, "Visión de un paisaje", dedicado a su relación con Sanlúcar de Barrameda y el Coto de Doñana. Un texto que mereció tantos elogios como valoraciones positivas. No

era una Teoría del Paisaje a la manera global, sino su visión personal y personalizada de su memoria pintada. En la medida en que el citado discurso aclaraba toda una trayectoria plástica –que aún en el 2000 no había concluido–, merece ser tenido como una referencia importante en su poética expresiva.

En él contaba el deslumbramiento que le brindaron las primeras visitas a La Jara, donde descubriría el valor de lo modesto, esa belleza discreta y sin subrayados que luego sublimó en su obra.

“La luz se derrama sobre este paisaje de tierra, mar, arena, río, marismas, de espacios infinitos al que me asomo una y mil veces intentando trasladar al lienzo la emoción y la intensidad de su contenido”, escribía Carmen Laffón en este discurso de ingreso, al cual le contestaba Gustavo Torner.

El paisaje al que se refería era, naturalmente, el de Doñana, al que siente como un paisaje sin adornos. “Creo que la cualidad que lo engrandece, en palabras de la artista sevillana, es su simplicidad, esa aparente simplicidad de horizontales infinitas que dividen los espacios de mar y cielo y configuran la banda del Coto. En la nitidez, en la pureza del dibujo de estas líneas, es donde radica, a mi juicio, su armonía, su vigor y su fuerza”.

Para Francisco Calvo Serraller, esa amorosa obsesión no es sino "una reconquista de su infancia, pues fue entonces cuando allí mismo se le reveló simultáneamente su vocación artística y se encerró en su paisaje natural, el nativo, ese paraíso perdido, primero, pero sobre cuya reconquista pende el sentido de nuestra existencia".

Su mirada apreciaba el destello en los rincones y los objetos sutiles, como las viñas y las salinas. Y en su paleta todo cobraba una nueva elegancia: el majestuoso perfil del Coto de Doñana invocaba a una rara intimidad en sus cuadros, la silueta de Sevilla se difuminaba con una gracia insólita.

En 2003, una exposición itinerante con sus esculturas, pinturas y dibujos recorre Filipinas, Corea del Sur, Montevideo y Roma.

En 2004, expone en la Galería Leandro Navarro "El estudio de la Calle Bolsa" y tres años después, en 2007, se inauguraba en la Abadía de Santo Domingo de Silos, en estrecha colaboración con el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, la muestra titulada "La Viña", en la que, según la opinión del poeta Jacobo Cortinas, Carmen Laffón "llega a los fundamentos naturales de las cosas, a la traducción de su esencia. Consigue la superación de los propios límites y se regenera en la belleza de los objetos".

Los esteros y las salinas fueron los grandes protagonistas de sus últimas obras artísticas. Pinturas de gran formato, dibujos realizados durante el confinamiento de la pandemia y bajorrelieves materializados en escayola. Estos “nuevos” elementos de sus paisajes permiten algo fundamental, el mostrar un horizonte siempre bajo. Esa es la perspectiva que se tiene cuando se visita esos lugares.

Trabajadora infatigable, para quien pintar era tan necesario como el aire. Así, cuando su salud se quebró un breve instante y le resultaba complicado pintar de pie, se dedicó, hasta que le fue posible volver a los grandes lienzos, a unas preciosas esculturas de las salinas, pequeñas en tamaño, frágiles y poderosas, que acabaron resultando fascinantes.

Entre el último trimestre del año 2020 y los primeros meses de 2021 había protagonizado un completo *Semestre Laffón*, con exposiciones en la Fundación Cajasol, el Museo de Bellas Artes y el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo. Cajasol, la entidad que más fondos posee de la creadora sevillana, repasaba su trayectoria a través de las piezas de la fundación, entre las que destacaban obras de juventud como *Muchacha de espaldas*, que realizó tras una etapa en Italia, y la madura y meditada *Mis padres en el jardín*, un homenaje a sus progenitores, atravesado por esa emoción contenida que caracteriza su obra. El Bellas Artes, entretanto, acogió *El estudio de la calle Bolsa de Sanlúcar de Barrameda*, una

muestra en la que volvía, de manera simbólica, al estudio en el que trabajó en la localidad gaditana y en el que dio forma a conmovedoras vistas de su admirada Sanlúcar.

Estas exposiciones supusieron un repaso a su carrera artística, mostrando su obra más reciente y recordando la cercanía que todo creador tiene con su estudio y sus paisajes predilectos. Podríamos considerar que aquellas tres exposiciones fueron el epitafio que Carmen Laffón quiso ofrecer a su ciudad natal antes de desaparecer para siempre.

En la primavera de 2021 la obra de Laffón regresaba a Madrid con dos exposiciones en el Jardín Botánico y la galería Leandro Navarro. Junto a *El coto*, *La cal* y, sobre todo, su última serie *La sal*. “Este es su legado”, aseguraba Juan Antonio Álvarez Reyes, director del Centro Andaluz de Arte Contemporáneo de Sevilla, que había estado muy pendiente de su trabajo y explicaba que, con el cambio de siglo, Laffón “se sintió liberada” y se “despojó de todas sus limitaciones técnicas, temáticas y vitales”.

Ese mismo año 2021, pero en febrero, se presentó el Catálogo Razonado de su extensa producción, un recorrido que abarcaba desde la década de los 50 hasta ese momento y que reúne 1.305 obras. Aquel proyecto "era necesario", contó su amigo y especialista en su trabajo Juan Bosco Díaz-Urmeneta, también fallecido en 2021, por la "dispersión"



con la que están repartidas por el país sus creaciones. "Salvo la Fundación Cajazol, ninguna institución tiene una muestra amplia de su trabajo. Sus obras están distribuidas entre colecciones varias, y en compradores ocasionales, gestionadas a veces por galerías que ya no existen. Un catálogo razonado era el modo de garantizar, al menos en principio, una visión integrada y unitaria de la obra", explicó entonces el citado investigador.

La obra de Carmen Laffón forma parte de colecciones particulares públicas y privadas y de los fondos de reputadas instituciones y centros culturales y artísticos españoles e internacionales. Entre ellos podemos nombrar el Banco de España, el British Museum de Londres, la Fundación Casa de la Moneda, el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid, la Fundación Juan March, la Colección Fundación Focus-Abengoa, la Colección Arte Contemporáneo de la Universidad de Sevilla, el Museo de Arte Abstracto de Cuenca, la Fundación El Monte, el Museo de Bellas Artes de Álava (Vitoria) y el Museo de Jaén. Puede admirarse no solo en España, sino también en países como Alemania, Francia, Suiza o EE.UU.

Las personas que tuvieron la fortuna de conocerla personalmente destacan de ella su incansable capacidad de trabajo, su vuelta, una y otra vez, a sus cuadros, su perfeccionismo. Mujer de cordial sencillez, mantuvo en su perso-

nalidad artística un cierto pudor y timidez, debido, tal vez, a lo íntimo de su obra.

Nunca ha olvidado su medio, su familia, su barrio y la luz de la tierra andaluza. Tampoco su particular sensibilidad y la ensoñación. En su personalidad destacaban dos rasgos: una humildad también impropia del oficio y una vocación entusiasta, que desplegó con una admirable disciplina.

Alejada de los focos y de la prensa, Carmen no tenía interés en asistir a Bienales, tampoco en aparecer en los medios, Laffón mantuvo siempre como consigna que era su arte el que debía expresarse y no ella a través de los micrófonos.

Carmen, delicada y tímida como era, argumentaba que no se le daba bien escribir, que la excusáramos de participar en alguna cosa, aduciendo su poca maña con las palabras. Al final, acababa accediendo: su generosidad y amistad leal ganaban la batalla. Y escribía, además, palabras luminosas como sus pinturas, textos que eran un poco paisajes de Sanlúcar, de su Guadalquivir.

“Sanlúcar y Sevilla, una morada,  
un espacio interior para adentrarse  
en el ser de las cosas y salvarlo  
del olvido tenaz y su silencio...”.

Estos son versos que el poeta Jacobo Cortines dedicó a su amiga, la pintora, y que describen en pocas palabras el universo que forjó su personalidad. La Jara, junto a Sevilla y Sanlúcar, forman el triángulo vital y profesional. El río Guadalquivir es uno de sus protagonistas, aunque muchas veces solo lo presintiéramos en los cielos húmedos y cargados de sal de sus lienzos.

Introduce con su pintura un universo muy personal en el que se muestran sus paisajes, sensoriales por su atrevimiento, en unas obras que no solo muestran espacio, sino también tiempo. Esa sensación atmosférica que nos recuerda sus anhelados río Guadalquivir y las imágenes del mar.

El Guadalquivir y su desembocadura. Ese es el paisaje de Carmen Laffón y a él estuvo atada en las últimas décadas cuando su pintura evolucionó hacia una abstracción más madura. Del horizonte del que reivindicó en la extraordinaria serie *El coto*, realizada íntegramente desde la ventana de un apartamento en Sanlúcar, donde el cielo y el mar se funden.

El mar y el cielo. El Guadalquivir y las salinas. Ese fue el paisaje que admiró y amó, como reconoció en su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, en el año 2000. “Ellos forman parte de nuestro patrimonio cultural, tanto como nuestros más preciados monumentos

y museos, porque son también vivientes monumentos y museos llenos de vida. Velar por su conservación me parece un deber primordial y mucho me gustaría que esta institución, tan guardiana de la belleza, asumiera este nuevo compromiso”, les dijo a los académicos el día de su ingreso. Desde hace dos décadas, Carmen Laffón alertaba del peligro que corrían los paisajes a los que se entregaba cuando salía al aire libre a pintar. Se lamentaba de la amenaza de la actividad humana y de la falta de conciencia que supondría su pérdida. También se quejaba por la falta de aprecio por los mismos.

Gran admiradora del arte abstracto, en determinados momentos se aprecia un singular entronque con él, no obstante, sentía que la figuración era su camino. No se dejó imbuir por las tentaciones abstractas que incendiaron Cuenca a mitad del siglo pasado. Aun manteniéndose fiel a su tendencia artística, en sus últimas décadas su arte se ha mostrado más libre, favorecido, en parte, por el empleo del blanco, que más que un color es un no color, de ahí su dificultad para representarlo, para trabajar con él. En cualquier caso, su pintura se hizo cada vez más figurativa a la vez que etérea, más naturalista a la vez que vaporosa. Carmen Laffón edificó una obra que, desde sus inicios, nada tuvo que ver con la de sus contemporáneos. La suya fue una pintura silenciosa y horizontal, alejada de las exasperaciones de una época en que la abstracción constituía el

mejor modo de expresar el hartazgo. No obstante, lejos de la abstracción imperante en aquel momento, su pintura se caracteriza por la exquisitez con la que plasma ambientes y objetos sencillos, llenos de intimismo.

Todo el bagaje de conocimientos académicos y experiencias vividas por Laffón la llevó a desarrollar obras de arte de un carácter muy íntimo y personal. Su fecunda trayectoria la consagra como una de las figuras esenciales del arte contemporáneo español dentro del realismo poético. Su clave estriba en la necesidad de hacer justicia con sus obras a las personas o figuras representadas. No pinta según su capricho, ideas o sueños. Ella se enfrenta a algo distinto, dotándolo de la presencia real que tiene. Ese es el realismo de la gran pintura española de todos los tiempos, el de Velázquez, el de Zurbarán o Murillo, pero también el sentido estilístico de Carmen Laffón.

Siempre ha mostrado categoría y buen gusto para diversos géneros pictóricos: los paisajes, los retratos, mostrando su genio creador en todo instante. Sus impresionantes dibujos y sus bellísimos retratos, junto al papel destacado por parte de sus naturalezas muertas son algunos de los aspectos de su producción pictórica más relevantes.

Los efectos lumínicos y cromáticos constatan, sin duda, la madurez alcanzada por Laffón. La producción plástica de

la artista destaca por una obra donde objetos y escenarios cotidianos son la excusa para plasmar atmósferas profundas, emotivas, sosegadas y solitarias.

Si existe un tema protagonista en sus piezas es, sin lugar a dudas, el silencio. Dicho de otro modo, Carmen Laffón reproduce espacios que han sido impregnados por la presencia de quienes los han habitado y transformado. Esta esencia que permanece se transforma en sus inconfundibles atmósferas imbuidas de emociones sugeridas.

Su personalidad, permanentemente autocrítica y perfeccionista, la llevó a trabajar de manera parsimoniosa. Alejada del frenesí de los tiempos modernos, dedicaba varios años a una misma obra, pintando y repintando, recortando o ampliando sus formatos. Y, no obstante, consideraba que eran escasas sus pinturas que podrían “considerarse plenas y redondas totalmente”.

Dentro de su producción plástica destacan sus múltiples reproducciones pictóricas y escultóricas de paisajes, jardines o los espacios de su propio taller. Estas piezas se agrupan temáticamente en series (*Historia de Marcelina*, *El río y sus orillas*, *Los Cotos de Sanlúcar de Barrameda*, *Los Armarios* o *La Viña*). Este agrupamiento no se define por un estricto ordenamiento cronológico de sus obras. Estas recrean atmósferas de paisajes, escenas y objetos en un aura "in-

timista y emotivo", proponiendo una serenidad, una templanza que algunos colegas confundieron con feminidad y que, por lógica, tenía que ver con su particular modo de entender el mundo, sus intereses pictóricos, su particular universo material e íntimo.

Laffón construyó un estilo propio que se alimentaba de todo aquello que nos rodea y frente a lo que apenas prestamos atención: la luz horizontal de una ciudad apenas a veinte metros sobre el nivel del mar, la salinidad que sube por la ría y que impregna sin pretenderlo el aroma del lienzo, el mensaje de los objetos quietos, su posición sobre la mesa, el orden del bodegón, la ausencia humana, el viento invisible o la búsqueda del aire y su vacío.

Consigue dar un clima particular en sus lienzos huyendo del distanciamiento, tratando de aproximarnos al objeto del cuadro, sirviéndose de la luz magistralmente, haciendo ver la realidad de manera distinta.

Carmen Laffón era una de las artistas más originales e inclasificables del panorama español contemporáneo. Su obra, tan compleja como coherente con su manera de entender el arte, se caracterizó por una extremada sensibilidad y una rotunda honestidad. Pintaba, según sus palabras, lo que veía y lo que sentía.

Más allá de la incuestionable relevancia de Carmen Laffón en el arte español contemporáneo, es necesario destacar la influencia que ejerció en la valoración y visibilización de las mujeres artistas en España. Su participación en las denominadas “exposiciones femeninas” de los años sesenta, su acceso a encargos relevantes de las administraciones públicas durante la década de los años ochenta, o el haber logrado reconocimientos que solo habían recibido sus colegas varones –primera pintora en recibir el Premio Nacional de Artes Plásticas (1982)–, constituyeron hitos que contribuyeron decididamente a abrir puertas a las siguientes generaciones de artistas mujeres.

Su gran calidad técnica y plástica le ha valido ser reconocida con prestigiosos premios y distinciones, entre ellos el Premio Via Frattini (Roma, 1956), el Premio Nacional de Artes Plásticas (Madrid, 1982), la Medalla de Plata de Andalucía (1988), el Premio Tomás Francisco Prieto, de la Fundación de la Casa de la Moneda y la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes del Ministerio de Cultura, ambos en Madrid en el año 1999.

Ya en la década de los dos mil recibe la Medalla de la Ciudad de Sevilla y el Premio Picasso de las Artes Plásticas, otorgado por la Junta de Andalucía (Sevilla, 2007). En la misma ciudad andaluza le entregan el Premio Encuentros 2000 de la Fundación Antares en 2008. Recibió la insignia de Oro



de Sanlúcar en el año 2009. Entre los últimos galardones logrados se encuentran el Premio de Cultura de la Comunidad de Madrid en la Categoría Artes Plásticas de 2012, el reconocimiento en 2013 como Hija Predilecta de Andalucía por la Junta de Andalucía. Finalmente, el Premio de Cultura Universidad de Sevilla (2014) y la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio en 2018.

Estuvo trabajando hasta casi la fecha de su fallecimiento, el pasado 7 de noviembre de 2021, habiendo recibido con posterioridad grandes reconocimientos de parte de variadas y destacadas instituciones culturales y artísticas.

Falleció alejada de los focos, como siempre había querido estar, en su casa de La Jara, muy cerca de la que tenían sus padres y en la que la pintora veraneaba desde pequeña. Allí, su pasión por el Coto y la desembocadura del Guadalquivir hicieron posibles sus grandes series pictóricas.

Todos estos méritos referidos durante mi intervención fundamentaron la propuesta elevada por el Departamento de Patrimonio Histórico de la Universidad de Jaén, a través de su Área de Historia del Arte, para la concesión del doctorado *Honoris Causa*. La Universidad de Jaén la acogió hace algo más de veinte años, en enero de 2002, en el marco de un ciclo de conferencias sobre Miguel Pérez Aguilera. El artista linarense fue uno de sus maestros, y tal y como ella

misma reconoció en la mesa redonda en la que participó: “Me enseñó a razonar, a enfrentarme al natural, a sintetizar y ver lo que era esencial. Él transformó una Sevilla mortecina, trajo aire fresco y libertad a las Bellas Artes”.

Sin temor a equivocarnos, es la artista andaluza más importante de la segunda mitad del siglo XX, un nombre imprescindible en el arte pictórico hasta convertirse en verdadero icono de generaciones de artistas plásticos nacidos o formados en Sevilla. Una de las artistas de mayor proyección nacional e internacional en el arte español de la centuria pasada. Su influencia ha crecido en paralelo con su dominio de la expresión formal. Su obra, en constante evolución, siempre puede decirnos algo nuevo.

Laffón deja atrás una de las carreras más incontestables en el mundo del arte: tuvo la capacidad, poco frecuente, de realizar una búsqueda personalísima y suscitar el consenso, una rara proeza que solo conquistan unos pocos elegidos.

“Soñar, porque cuando termina el río y comienza el mar abierto, la imaginación vuela o, mejor dicho, navega a países desconocidos de leyendas y aventuras, de esperanzas e incertidumbres suscitando en mí cuando lo contemplo sentimientos y pensamiento más allá del tiempo”. Escribió en el referido discurso de ingreso en San Fernando. Allí, en esos paisajes, vivirá para siempre la mirada de Carmen Laffón.

Termino Sr. Rector, gracias de nuevo por este acontecimiento, por las emociones, del afecto y admiración hechas palabras y por poder ponerme al servicio de esta Universidad para devolverle algo que hoy es un inmenso regalo.

Por lo tanto, y por todo lo expuesto, solicito, se proceda a investir a la Ecma. Sra. D<sup>a</sup> Carmen Laffón de la Escosura del grado de *Doctora Honoris Causa* por la Universidad de Jaén.